

LA SUBLIMACIÓN DE LA LUZ. UNA CONTRIBUCIÓN A LA SEMIOLOGÍA

INTRODUCCIÓN

No cabe duda de que el fenómeno “luz” es uno de los que más y mejor se han prestado al proceso de simbolización, al mismo tiempo que su simbolismo es también uno de los más importantes dentro del pensamiento religioso y del de diversas órdenes iniciáticas.

El objetivo de esta exposición es mostrar de qué manera, en mi opinión, la luz natural ha llegado a adquirir su múltiple significación simbólica de ‘conocimiento’, ‘sabiduría’, ‘inteligencia’, ‘vida’, ‘amor’, ‘pureza’, ‘espiritualidad’, etc.

LA LUZ COMO FENÓMENO FÍSICO

Pero ¿qué es la luz, tanto natural como artificial? Para el físico, es la radiación de ondas electromagnéticas que al ser reflejadas por los objetos, éstos se hacen visibles cuando dichas ondas impresionan la retina del ojo; de lo contrario, reina la oscuridad. Tales ondas están constituidas por fotones, o cuantos de luz, llamados también, figuradamente, “granos de luz”. Ahora bien, al respecto asegura Einstein que “cincuenta años de tenaz reflexión no [le] han bastado para responder a la pregunta ¿Qué son los cuantos de luz?” (*apud* Zajonc, como epígrafe). Y mientras no se obtenga la respuesta no sabremos qué

es esta cosa que nos permite ver nuestro mundo circundante y que, sin embargo, ella misma no se deja ver. Hablamos, pues, de la luz, como de la electricidad, por sus efectos, pero ambas son invisibles.

LA PALABRA "LUZ" Y TÉRMINOS RELACIONADOS CON ELLA

¿Por qué la luz se llama así? Su nombre procede de la forma latina *lucem*, de *lux*, *lucis*, que, además de nuestra 'luz', significa 'resplandor', 'claridad', 'el día', 'la vida', 'los ojos', 'la vista', 'esplendor', etc., es decir, que ya los latinos emplearon el término simbólicamente. *Lux*, a su vez, procede posiblemente de la raíz indoeuropea **leuq-*, con el significado de 'alumbrar, brillar, resplandecer' (Klein, s.v. *lucent*). Esto explica, al menos, tres raíces secundarias de palabras españolas: *luc-*, *lumin-* y *lustr-*. La primera, *luc-*, se encuentra en términos como *lucir*, *lucimiento*, *dilucidar*, *lucero*, *luciérnaga*, *lucidez* y *lúcido*, esto es, 'en condiciones de pensar normalmente', 'claro en el razonamiento', etc.; además: *reluciente*, (*e*)*lucubración* 'meditación', y hasta *luna*, *lunar*, *lunes*, *Lucio*, *Lucía*, *Luciano* y *Lucifer* (posteriormente *Luzbel*), 'portador de luz' en latín (como *fósforo*, de origen griego), por cuanto el personaje antes de su rebelión era un ángel luminoso. De la raíz *lumin-* derivan, entre otros términos, *luminoso*, *lumínico*, *luminiscencia*, *luminaria*, *iluminar*, *iluminarse* 'darse cuenta, entender', *iluminado* 'vidente', *iluminismo*, *lumbre*, *lumbrera*, 'talento', 'talentoso'; *alumbrar*, *deslumbrar*, *relumbrar*, *vislumbrar*, y de la raíz *lustr-*: *lustre*, 'brillo', *lustroso*, *ilustre*, *ilustrar*, *ilustrado*, *ilustración*, etcétera, términos, todos, que reflejan la importancia que el hombre le ha atribuido a la luz.

LA LUZ Y LAS TINIEBLAS: EL CONOCIMIENTO Y LA IGNORANCIA

Según puede advertirse, hay entre las palabras citadas varias que apuntan a la idea de 'conocimiento', de 'en-

tendimiento', de 'inteligencia'; es el caso de *lucidez*, *lucubración*, *iluminarse*, *lumbrera*, *deslumbrar*, *ilustrado*, *ilustración* (recuérdese el período llamado "Ilustración" o "Siglo de las Luces", alusión al siglo XVIII en Francia, Alemania y Gran Bretaña), etc., y de expresiones por el estilo de *la luz de la razón*, *echar luz* sobre algún asunto, *dar* alguien *sus luces*.

¿Pero cómo se ha efectuado esta relación entre la luz física y la "luz" de la razón?, ¿entre una entidad concreta y una abstracta?: un mismo ideograma (*ming*) significa en chino 'luz solar' y 'conocimiento' (Chevalier-Gheerbrant, s.v. *luz*). Creo personalmente que ello ha ocurrido de la siguiente manera: *conocer* es tomar conciencia de que algo existe de algún modo, y esto se hace fundamentalmente por medio de nuestros sentidos, siendo el de la vista el que, sin duda, el hombre aprecia más. Es decir, conocemos en gran medida porque vemos, y vemos sólo cuando hay luz. Por otra parte, como ver es un proceso sicofísico, como toda percepción, es fácil pensar, por analogía con la *luz exterior*, en una *luz interior*, que "alumbra" nuestra conciencia, es decir, nuestra facultad de conocer. *Conciencia* deriva de *ciencia*, y *ciencia* (del latín *scientia*, de *scire* 'saber, conocer') significa 'conocimiento'. Además, el conocimiento científico se plasma generalmente en una *teoría*, palabra que procede de un verbo griego que significa 'mirar, contemplar', con el ojo de la razón, el *espectáculo* que tiene lugar en el gran *teatro* de la vida. *Espectáculo* y *teatro* derivan, el primero, de un verbo latino, y el segundo, de un verbo griego, que significan, igualmente, 'mirar, contemplar'.

Dice Salomón (Sab. 7: 29-30): "[La Sabiduría] es más luz que la luz [natural] porque ésta se deja vencer por la noche, pero contra la Sabiduría el mal no puede prevalecer". Daniel, por su parte (2: 21-22), afirma: "Dios [...] da a los sabios sabiduría, y ciencia a los entendi-

dos. Él revela los misterios y los secretos, conoce lo que ocultan las tinieblas. Para él no hay sino claridad”.

Como la transmisión de conocimiento es lo que se llama enseñanza, ésta es igualmente luz, en opinión, otra vez, de Salomón, quien afirma (Prov. 6: 23) que, “porque [lo que ordenan los padres] es una lámpara, y la enseñanza una luz, las correcciones del que te enseña son un camino de vida”.

Si la luz, por lo que se ha dicho, se asocia con el conocimiento, es fácil que la oscuridad, o las tinieblas, simbolicen la ignorancia. Al definir *oscuridad*, el diccionario académico señala, como cuarta acepción, “Falta de luz y conocimiento en el alma o en las potencias intelectuales”, y al referirse a *tinieblas*, como segunda acepción, “Suma ignorancia y confusión, por falta de conocimientos”. Y María Moliner, en su diccionario, da como ejemplo “Estamos en tinieblas sobre sus verdaderas intenciones”. Enseña Jesús (Jn. 11: 9 y 10): “El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; mas el que anda de noche tropieza porque no hay luz en él”. Y por la sabiduría de las enseñanzas de Jesús, David en uno de sus salmos (Sal. 119: 105) le dice: “Tu palabra es una antorcha para mis pies, una luz para mi camino”. A su vez, confiesa Salomón (Sab. 7: 7-10): “...pedí, y se me concedió la prudencia, supliqué y me vino el espíritu de Sabiduría... La piedra más preciosa no la reemplaza, el oro parece un puñado de arena, y la plata es barro en su presencia. La amé más que mi salud y hermosura, y la quise más que la luz del día, porque su luz no conoce ocaso”.

LA LUZ, SÍMBOLO DE LA VERDAD

Puesto que, como se ha señalado, la luz simboliza el conocimiento y éste lo adquirimos principalmente, como

lo estima la mayoría de la gente, a través de nuestra percepción ocular, y gracias a la luz, y puesto que *conocer* es, como dice el filósofo Lalande (s.v. *conocer*), “tener presente en el espíritu [la mente] cierto objeto de pensamiento verdadero o real”, fácilmente la luz llega a ser símbolo de la “verdad”. Así, la visión y el ojo adquieren una importancia trascendental en nuestra vida: lo que vemos, influenciando nuestra mente y nuestra imaginación, determina en gran medida lo que somos, lo que pensamos y sentimos en relación con nosotros mismos, y todo esto, a su vez, modifica igualmente nuestra visión, tanto interior como exterior. De modo, pues, que, para el que ve, “ver” y “ser” son interdependientes. “Nuestra vista es nuestra lámpara —ha dicho alguien—, y según su luz, nuestro cuerpo y nuestra vida estarán en la luz o en las tinieblas”. Por otra parte, según el físico teórico Arthur Zajonc, “Además de la luz exterior y el ojo, la vista requiere una ‘luz interior’ [de naturaleza síquica, una imagen visual y formativa] cuyo resplandor complementa la exterior y transforma la sensación pura en una percepción dotada de sentido. La luz de la mente debe conjugarse con la luz de la naturaleza para [conformar el mundo]” (p. 6); de ambas depende en gran parte lo que se llama precisamente nuestra “cosmovisión”, nuestra manera de ver, de concebir el mundo, la *Weltanschauung* de los alemanes: “Con cada acto de percepción, participamos inadvertidamente en la confección de un mundo dotado de sentido” (p. 23), nuestro mundo, fundamentalmente simbólico. Pero si nosotros nos hemos construido un mundo que consideramos verdadero, aquel en que hemos nacido, vivido y en el que moriremos, basándonos en nuestras percepciones, tratemos de aclarar, o, como deberíamos decir aquí, de “arrojar luz” sobre eso que llamamos *verdad* o *verdadero*. Después de tal aclaración veamos la función que desempeña la percepción en la adquisición de la verdad, tras la cual tan insistentemente andamos.

Con respecto a lo que se entiende por "verdad" o "verdadero", hay muchas maneras de definirlos, dependiendo del punto de vista desde el cual se los enfoque: lógico, psicológico, ético, etc. (Ferrater, s.v. *verdad*). Personalmente me satisface entender la verdad como la conformidad de las cosas (materiales o inmateriales) con el concepto que tenemos de ellas; así, para mí el aposento en que ahora me encuentro es un estudio si y solo si concuerda con mi concepto de estudio como equivalente de "escritorio", de lo cual se infiere que un estudio, como cualquier objeto, no existe en sí y por sí como lo que decimos que es: su "ser para nosotros" depende de nosotros, independientemente de su "ser para sí", lo que ignoramos. Por nuestras percepciones y por la estructura de nuestra razón sólo tenemos acceso a la apariencia de las cosas (el *phainómenon*), y no a su esencia (el *nooúmenon*), en opinión de Kant. Llegar, pues, a la verdad de una cosa perceptible es aprehender intelectualmente esta relación de conformidad o adecuación, y esto requiere, tanto de que la cosa, obviamente, sea perceptible, como de la luz, a la vez exterior e interior, si la percepción es visual, y de nuestra capacidad de percepción, pues es por la conjunción de todos estos factores que llegamos a conocer las cosas perceptibles, a tener conciencia de ellas y a decir, por último, que existen: "ser" y "percibir" son, entonces, en tal caso, interdependientes; para nosotros, los seres humanos, sólo existe "realmente" lo que percibimos de modo directo, o indirectamente a través de sus efectos. Ahora bien, la percepción, en cuanto fenómeno síquico, es, como se sabe, personal y selectiva, por lo que no llega a nuestra conciencia todo lo que captan nuestros sentidos, y tal selección está determinada por diversos factores: biológicos, psicológicos, culturales, etc.; de modo que todo conocimiento, y con él todo lo que consideramos verdadero, son necesariamente, y en grado importante, sub-

jetivos. Dice Fouillée que “el sujeto no puede excluirse y eliminarse de su propio conocimiento, puesto que es siempre él el que conoce. Hay, pues, siempre en el conocimiento del objeto algo que viene del sujeto, aunque no fuera más que el conocimiento mismo”.

Por su parte, Zajonc (p. 37) asegura —a mayor abundamiento— que “el conocimiento supone dos caras: el mundo se presenta, pero nosotros debemos ‘re-presentarlo’. Nos incluimos, con nuestras facultades y limitaciones, en la presentación del mundo, con el propósito de darle forma [...] y sentido a ese contenido. Las bellas y productivas imágenes que elaboramos a partir de la experiencia son sólo eso, imágenes, frutos de la imaginación”, pero “no por ello son [para nosotros, como nuestras pesadillas] menos verdaderas”. Si a todo esto agregamos alucinaciones, o seudopercepciones, y el hecho de que a veces nuestras percepciones son deformadas ya sea por un error de información, ya sea por una verdadera proyección hacia el exterior de imágenes mentales, en lo que psicológicamente se llama “ilusión”, y en el caso de la vista, “ilusión óptica”, desembocamos obligadamente en un gran relativismo con respecto a qué es la verdad, o lo verdadero. La historia de las ciencias muestra cómo “verdades” consideradas definitivas dejan de serlo por ser sustituidas por otras que no sabemos hasta cuándo serán también “verdades”. Por esto se dice que una ley científica no es más que una hipótesis plausible, y que una afirmación es verdadera mientras no se pruebe lo contrario.

LA LUZ Y LAS TINIEBLAS: LA VIDA Y LA MUERTE

Está en nuestra experiencia que la luz natural es inseparable del calor, y que sin luz y calor, la vida, en nuestro planeta al menos, es imposible. Sin duda, todos recordamos el fenómeno metabólico de la “fotosíntesis”, es

decir, la transformación de sustancias simples inorgánicas en compuestos complejos orgánicos que se efectúa en las plantas verdes por acción de la energía luminosa (gr. *phōs*, *phōtós*, ‘luz’, del indoeuropeo *bhā- ‘brillar, relucir’), compuestos que constituyen las sustancias alimenticias necesarias para su desarrollo. Las plantas, a su vez, nutren a los animales, y plantas y animales nutren al hombre. De aquí la importancia vital generalizada de la fotosíntesis, que explica también el heliotropismo.

Por otra parte, cuando la hembra, en el mundo animal, irracional y humano, está por parir, decimos que va a *alumbrar*, va a *dar a luz*, luz que es vida, sacando a su hijo de las tinieblas de la “matriz”, palabra de la misma raíz latina que “madre”. De esta manera, la luz solar evoca la fuerza creadora, la energía cósmica, la misma que a raíz del *big-bang*, según se afirma dio origen a la vida haciendo posible la formación, en nuestro planeta, de la primera célula. Nada de raro tiene entonces que la luz se haya hecho símbolo de la vida, tanto material como espiritual, y que el Sol —como suponen algunos— haya dado origen a la idea de Dios al identificarse éste con aquél, o bien —como quieren otros— que las propiedades que se le atribuyen a Dios hayan sido vistas en el Sol, deificándose.

Muchas son las alusiones bíblicas a este simbolismo en sentido místico: Juan (8: 12) hace decir a Jesús: “Yo soy la Luz del mundo. El que me siga no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz, que es vida”. Y el mismo Juan comienza su evangelio con las tan citadas palabras: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba frente a Dios, y el Verbo era Dios [...]. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. David, a su vez, en uno de sus salmos (Sal. 36: 10) se dirige a Dios diciéndole: “En ti está la fuente de la vida y por tu Luz vemos la luz”.

Como la luz es símbolo de la vida —lo mismo que el día—, la oscuridad, obviamente, simboliza la muerte —como la noche—, según se confirma, entre otros, con este texto en contra de Job (18: 5): “Ciertamente la luz del malvado será apagada, y no resplandecerá la llama de su fuego. La luz se oscurecerá en su tienda, y se apagará sobre él su lámpara”. Y más adelante (Job 18: 17): “Hasta su recuerdo desaparecerá de la tierra, y su nombre ya no se pronunciará en todo el territorio. Lo echarán de la luz a las tinieblas, lo expulsarán del mundo”.

Como la luz natural no traspasa la capa terrestre, en el subsuelo, donde dominan las tinieblas (del latín *tenebrae*), donde todo es “tenebroso”, reside la morada de los muertos, lo mismo que el mundo de ultratumba. El mismo Job exclama en una ocasión (10: 20 ss.), dirigiéndose a Dios: “Apártate de mí, [deja] que goce un poco de alegría antes de que me vaya, para no volver más, a la región de las tinieblas y de sombra, tierra de oscuridad y desorden, donde la misma claridad se parece a la noche oscura”. Y David, en uno de sus salmos (Sal. 87: 12 ss.), dialogando también con Dios: “¿Se hablará de tu bondad o de tu fidelidad en el sepulcro? ¿Acaso [los muertos] conocen tus maravillas en el lugar de las tinieblas? ¿Celebrarán tu justicia en la tierra del olvido?”.

La vida y la muerte, las dos caras de una misma moneda. Dos procesos interdependientes, puesto que uno implica al otro —empezamos a morir desde que nacemos—, ya que se suceden cíclicamente, como el día, por el nacimiento del Sol en el oriente (en latín *oriri* ‘nacer’), y la noche, por su muerte en el occidente (en latín *occidere* ‘morir’). “Post tenebras, lux”, después de las tinieblas viene la luz, después de la muerte de la semilla enterrada, surge la vida en una nueva planta. Es el gran drama de la Naturaleza, simbolizado, por ejemplo, con la muerte y resurrección de Cristo, resurrección

ción que ocurre durante el equinoccio de primavera (20 al 21 de marzo, en el hemisferio norte), cuando todo se renueva, luego de emerger de los infiernos (etimológicamente, 'lugares subterráneos'), a donde había descendido una vez enterrado. Al resucitar, recobra, con la luz, su imperio sobre las tinieblas, y con la nueva vida, su imperio sobre la muerte.

LA LUZ Y LAS TINIEBLAS: EL BIEN Y EL MAL

Dado que la luz es símbolo de la vida, y ésta para el hombre es lo mejor que tiene, lo que más aprecia, y tanto, que aspira, a lo menos, a una vida más y eterna, después de la terrenal, es natural que la luz simbolice igualmente 'el bien', 'lo positivo', 'lo hermoso', como una puesta de sol en el mar, como el arco policromado del iris, después de que se abren las cortinas de la lluvia. Por otra parte, como las tinieblas simbolizan la muerte, es decir, el fin de todo bien, espontáneamente llegan a ser símbolo de 'el mal', de lo negativo. Así como la luz favorece el ejercicio de la virtud, la oscuridad favorece la consecución del delito. La bondad "ilumina" el alma, la llena de gozo y alegría; la maldad trae la "noche" al alma, despierta las alimañas de los bajos instintos, que viven en la oscuridad. Dice Mateo (6: 22-23): "Los ojos son como una lámpara para tu cuerpo; así que si tus ojos son buenos, todo tu cuerpo tendrá luz; pero si tus ojos son malos, todo el cuerpo está en la oscuridad. Y si la luz que hay en ti resulta ser oscuridad ¡qué negra será la oscuridad misma!".

La lucha permanente entre el Bien y el Mal ha preocupado de tal modo al hombre de todos los tiempos, que su imaginación creadora la ha elevado trascendentemente a la lucha entre dioses, semidioses u otros seres suprahumanos, por la fuerza que les atribuye tanto

al bien como al mal. Por ejemplo, en el pensamiento cristiano, el eterno antagonismo entre Dios, creador de la luz, y el príncipe de las tinieblas, ambos luchando denodadamente por conquistar el alma de los mortales. Dios es intrínsecamente dios de la luz, o, como dice Santiago (1: 17), “el padre de las luces”, y como el Sol, divinizado en la mayoría de las religiones, máxima expresión del poder, dueño de la vida y la muerte. La palabra *dios* procede, según se sabe, del latín *deus*, como la de las demás lenguas románicas para significar lo mismo, y el lat. *deus*, a su vez, tiene su origen en la raíz indoeuropea (**deiw-*), que significa ‘brillar’, ‘resplandecer’, ‘iluminar’ (Klein, s.v. *deity*), como lo hace el Sol, cuyo nombre deriva de otra base indoeuropea, **sul-*, con el mismo significado que **dei-* (*ibid.*, s.v. *Sol*), y, como ya se ha dicho, **lenq-* y **bha-*. Del latín *Deus pater* ‘el dios padre’, resultó luego *Diespiter*, y de éste, *Júpiter*. La misma base **dei-* se encuentra en *día*, *Zeus* y el sánscrito *deva* (*dévah*), cuyos referentes son todos de origen solar.

En la India, en cambio, la lucha entre el Bien y el Mal se entabla entre los *deva* (divinidades celestes) y los *asura* (genios malignos). En China, la batalla se da entre el Cielo, reino de la luz, y la Tierra, reino de las tinieblas, como entre el *yang* y el *yin*, respectivamente (Chevalier-Gheerbrant, s.v. *luz*).

En el mazdeísmo, religión de los antiguos persas, reformada por Zaratustra, en gr. Zoroastro, el Bien y el Mal se enfrentan como *Ahura-mazda*, u “Ormuz”, creador del mundo, divinización del bien, quien aumenta su poder con las buenas obras de los hombres virtuosos, y *Angra-Mainyus*, o “Ahrimán”, dios del mal, principio destructor, a quien derrotará para establecer el bien sobre la tierra (*ibid.*). Dualidad universal de una misma realidad: la condición humana.

En una concepción bastante intelectualizada, el bien suele ser considerado como una consecuencia natural

del conocimiento, de la sabiduría, y el mal, por cierto, como producto de la ignorancia: la luz de la razón, y las tinieblas de la sinrazón. La sabiduría —afirma Salomón— “[es] una emanación pura de la gloria del Todopoderoso (Sab. 7: 25), una imagen de su perfecta bondad (7: 26); ella es en el universo el gobierno del bien” (8: 1). Y más adelante (8: 7): “La sabiduría con sus obras es madre de las virtudes: ella enseña la temperancia, la prudencia, la justicia y el valor; pues bien, nada en la vida es más útil a los hombres”. Y poco después (10: 8), aludiendo a los habitantes de Sodoma y Gomorra: “...por haberse apartado del camino de la sabiduría [...] sufrieron la desgracia de no conocer el bien”. Recordemos todavía que Dios plantó en el jardín de la región de Edén el árbol de la suprema Sabiduría: el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén. 2: 9). La distinción, pues, entre ambos, se aprende, y el aprendizaje es el fundamento de la enseñanza. Por esto Sócrates decía: “Enseñad a los hombres y los haréis mejores”.

Por otra parte, como el amor es la expresión más sublime del bien, la luz se ha hecho, igualmente, símbolo del amor, así como las tinieblas, representación del odio. En la primera carta de Juan (1 Jn. 2: 10, 11) se lee: “El que ama a su hermano permanece en la luz y no hay en él causas de tropiezo, quien odia a su hermano está en las tinieblas, y anda en las tinieblas sin saber adónde va, pues las tinieblas lo han cegado”.

Finalmente, como la luz, el calor y las llamas son manifestación de una misma cosa, en algunas órdenes iniciáticas el profano, después de que, en su iniciación, ha sido purificado por el fuego, escucha que “las llamas simbolizan el amor al prójimo que deben arder permanentemente en nuestro corazón”, lo que de cierta manera también expresa —implicando la pureza y la es-

piritualidad— el pensador árabe del s. XIII, Najm Razi, cuando escribe: “Si la luz se eleva en el cielo del corazón —y en el purísimo hombre interior alcanza el resplandor del sol o de muchos soles—, entonces su corazón es únicamente luz, su cuerpo sutil es luz, su atuendo material es luz; su porte, su visión, su mano, su exterior, su interior, son nada más que luz” (*apud Zajonc*, como epígrafe).

CONCLUSIONES

1. Los fenómenos de la naturaleza, siempre en contacto con el hombre, provocando su asombro y admiración por su extraordinario poder, son los que más han motivado a éste en sus simbolizaciones, elaborando con ellas la mayor parte de sus mitologías, o llenando también con ellas, como en el caso de la luz, su mundo axiológico.

2. El simbolismo de la luz está íntimamente ligado al del Sol, al del ojo, generador de luz interior, según Platón; la visión, la luna, “ojo de la noche”, y las estrellas. “¡Oh Sol, ojo y alma de este grandioso mundo!”, escribió Milton. Entre los egipcios, el ojo simbolizaba las divinidades solares y las luces de la inteligencia.

3. Como en muchos otros casos, algo concreto, material, como la luz, ha servido de símbolo a cosas abstractas, inmateriales, como el conocimiento, la sabiduría, la inteligencia, la vida, el bien, el amor, la pureza, la espiritualidad..., mediante un proceso similar al que Freud llamó “sublimación”.

4. Su capacidad simbólica deriva de dos propiedades fundamentales cuyas más cercanas a nuestra experiencia: su poder lumínico y su poder calórico.

AMBROSIO RABANALES

Universidad de Chile.

BIBLIOGRAFÍA

- BLAVATSKY, H. P., *Glosario teosófico*, Bs. As., Glem., 1957 (1892).
- CHEVALIER, JEAN y ALAIN GHEERBRANT, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1986.
- CIRLOT, JUAN EDUARDO, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1969.
- DENYER, C. P., *Concordancia de las Sagradas Escrituras*, 7ª ed., Miami, Edit. Caribe, 1978.
- FERRATER MORA, JOSÉ, *Diccionario de filosofía*, 2ª ed., 4 tomos, Madrid, Alianza, 1980 (1979), s.v. "luz".
- GÓMEZ DE SILVA, GUIDO, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, México, FCE, 1995.
- HAAG, H. *et al.*, *Diccionario de la Biblia*, Barcelona, Herder, 1963.
- KLEIN, ERNEST, *A Comprehensive Etymological Dictionary of the English Language*, 2 tomos, Amsterdam, Elsevier Publishing Company, 1966.
- LALANDE, ANDRÉ, *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, 2 tomos, Bs. As., Libr. "El Ateneo" Editorial, 1953.
- MOLINER, MARÍA, *Diccionario de uso del español*, 2 tomos, Madrid, Gredos, 1966.
- PÉREZ-RIOJA, J. A., *Diccionario de símbolos y mitos*, Madrid, Tecnos, 1962.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, 21ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- RICCIARDI, RAMÓN y BERNARDO HURAUULT, *La nueva Biblia latinoamericana*, 10ª ed., Madrid, Ediciones Paulinas Verbo Divino, 1972.
- ZAJONC, ARTHUR, *Atrapando la luz. Historia de la luz y de la mente*, Santiago, Andrés Bello, 1994.